

¿Qué muerte es esta, amados míos? El infierno, la segunda muerte, contra la cual no podía Dios pelear solo, pues tenía que ser ayudado de la cooperación humana, en cuyo favor Dios ofreció su vida en la Cruz. Creo que en este momento han sido bañados nuestros espíritus con una luz copiosa. Jesús murió para destruir el imperio de la muerte, y si Él resucitó como lo creemos, necesariamente hemos de resucitar nosotros. Mas ¿resucitaremos todos del mismo modo? No, dice San Pablo; porque así como en Adán mueren todos en Cristo, son vivificados todos, mas cada uno en su orden; y, por fin, para concluir mi argumento, diré con el mismo Dios: «Unos irán á la vida perdurable, otros al fuego eterno.» Habrá, pues, una resurrección inmortal, gloriosa, feliz, en la cual, como insinúa el mismo Apóstol, nos asemejaremos por la claridad, agilidad, sutileza, impassibilidad y hermosura, al mismo Cristo resucitado. Habrá también otra resurrección inmortal, pero ignominiosa, infeliz y principio de una era de horror, de desesperación, de llanto, de crujir de dientes, de revolcarse eternamente entre el estanque de azufre y fuego, y ésta es la segunda muerte, muerte inmortal, á que serán destinados los cuerpos de los reprobos. Contra ésta no podía Jesucristo triunfar completamente. ¿Y por qué? Porque la victoria pende no sólo de la fuerza de la gracia, sino también de la cooperación del libre albedrío. En vano Jesucristo muere en la Cruz, y crucifica su cuerpo en el madero. Si el hombre no quiere morir al mundo, si no quiere crucificar su carne con los vicios y concupiscencias, Aquel hará cuanto está de su parte para triunfar de la muerte eterna, y éste inutilizará por los abusos de su albedrío todos los esfuerzos del cielo. Dios, por su parte, desde el momento en que prometió al hombre un Redentor, cerró el lago del abismo con candados eternos; el infierno aún no tenía otros habitantes que los ángeles rebeldes para quienes fuera cria-

do; pero el hombre levantó con sus pecados actuales estas puertas, y queriéndole Dios sostener para que no bajase á tan horrenda morada, él se precipitó. Diré, pues, en dos palabras, que Cristo venció á la muerte, para que necesariamente salgamos de entre sus sombras á una vida inmortal, como Él salió del sepulcro. Por consiguiente, por caducos y perecederos que sean nuestros cuerpos, llevan en sí el germen de la inmortalidad, que tendrá tarde ó temprano su completo desarrollo. Diré más: Cristo venció al demonio y al infierno; en una palabra, á la muerte eterna, que es la segunda de que nos habla San Juan en su revelación; pero para librarse de las horrendas fauces de este monstruo, no basta la sola sangre de Dios, los solos méritos de Cristo. Estos nos ayudan, nos favorecen, lo hacen todo en nosotros, excepto el acto de voluntad, que es exclusivamente del hombre después de haber sido excitado á él por la gracia divina. Cooperando á los esfuerzos que Dios hace para vencer al infierno, estamos seguros de alcanzar una victoria completa sobre la muerte eterna.

¿Qué consecuencia sacaremos de toda esta doctrina? Una consecuencia enseñada por el derecho. Lo accesorio, dice un axioma de jurisprudencia, sigue la naturaleza de su principal. Sí; en el hombre el cuerpo con la vida temporal es lo accesorio, mas esto tiene que seguir la naturaleza de lo principal, que es el alma. Si esta gana una inmortalidad feliz, aquel tiene que seguirla necesariamente á las moradas de la dicha; si logra una eternidad desdichada, no le queda al cuerpo opción alguna más que acompañar para siempre á su principal.

¿Veis, señores, de cuánta importancia es salvar nuestros cuerpos? Vencer á la muerte del mismo modo y con las mismas miras y consecuencias que fuera vencida de Dios, ¿no es un asunto bien grave para el hombre, que tiene un cuerpo mortal por algun tiempo, inmortal por

una eternidad? Dios es tan bueno, que venció por nosotros la muerte temporal y la eterna; puso ante los ojos del hombre dos cuadros para su elección: el pecado, el odio de Dios, el infierno con sus tinieblas, sus torturas, sus desesperaciones, sus fuegos y su gritería horrenda, por un lado: la gracia, la amistad divina, el paraíso con sus delicias, sus amenidades, sus dulzuras, por el otro; y tanto honor ha hecho al hombre, que no quiso violentarlo. ¡Ah! Ni al infierno ni al cielo se entra violentamente sin cadenas que arrastren, sin lazos que impidan ir á otra parte; camina el hombre á estos dos puntos; no hay más diferencia sino que unos siguen alegres á su desventurado jefe, cuyo consuelo en las torturas es el hacer partícipes de estas á los hijos de Adán; otros van también alegres tras de su amable Jesús; aquellos van marchando por el camino ancho de los regalos, del lujo, de la sensualidad, de las diversiones mundanas, de las vanas lecturas, de las usuras, de los monopolios, de las malas confesiones y de los sacrilegios, sembrando corrupción; éstos marchan por el camino estrecho de la abnegación, de la mortificación del cuerpo, del amor propio y de la curiosidad; todos cogerán su fruto; pero ¿cuál será? Oid al Apóstol: «El hombre cogerá lo que sembrare. El que siembra en la carne, de la carne cogerá corrupción; el que siembra en espíritu, del espíritu allegará vida eterna.» Todos caminan, y al llegar á su término, los unos exclamarán en su desesperación: «Hemos errado el camino de la inmortalidad;» y los otros cantarán con gran júbilo: *Ab-sorta est mors in victoria*; «Tragada ha sido la muerte en la victoria.»

No es esto, señores, una escena que yo finjo en mi espíritu; es un hecho real y positivo, que ha de suceder á cada uno de nosotros: «Os anuncio un misterio, decía el tantas veces nombrado Pablo; todos resucitaremos, mas no todos seremos mudados. En un momento, en un abrir de ojo, en

la final trompeta; pues la trompeta sonará y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad; y esto que es mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto que es mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá esta profecía: «Tragada ha sido la muerte en la victoria:» *Ab-sorta est mors in victoria*. ¡Oh espectáculo el más grandioso que han visto los siglos! Entonces el sagrado estandarte de la cruz, después de haber sido el testigo del amor divino vilmente ultrajado por los réprobos, empezará á marchar de nuevo hácia el cielo; se ordenará aquella admirable procesion de justos; se oirán cánticos de júbilo al Cordero sin mancilla; el tema de la música celestial será entonado por el primogénito de los muertos. «Tragada ha sido, dirá, la muerte en la victoria.» Contestarán los mismos acentos los ángeles y los justos. «¿Dónde está, continuará el primogénito entre los predestinados; ¿dónde está ¡oh muerte! tu victoria? *Ubi est mors victoria tua?* ¿Dónde está ¡oh muerte! tu aguijón? *Ubi est mors stimulus tuus?*» Y en medio de estas voces, semejantes al ruido de cien rios caudalosos que se precipitan y al de mil cítaras diestramente tocadas, irá subiendo á los cielos la inmensa muchedumbre de hombres en cuerpo y alma inmortales, quedando destruida al fin la enemiga muerte. *Novissima autem inimica destruetur mors*.

Señores, nuestros cuerpos están destinados á nutrirse eternamente con los frutos del árbol del Paraíso de que nos habla el discípulo amado, cuya dulzura y suavidad no pueden explicar ni el néctar, ni la ambrosía, ni los exquisitos manjares que inventara la acalorada poesía. ¿Qué preferis? ¿Tener una hermosura eterna que excede al sol y al firmamento, ó una horrenda fealdad que no es comparable con la de las más horribles arpías? Respirar los ámbares y perfumes exquisitos del cielo, ó las azufrosas

llamas del infierno por toda una eternidad? Seamos prudentes; no aventuremos lo eterno, lo sólido, lo hermoso, por lo temporal, lo transitorio y abominable; no seamos crueles para con nosotros mismos; no condenemos nuestros cuerpos al suplicio, al llanto, al crujir de dientes, á los fuegos sin fin. Salvémoslos del infortunio mayor que puede acaecerles, mortificándolos en esta cortísima vida, para que en la otra ciñan nuestras sienas las coronas de la dichosa inmortalidad. Que deseo á todos. Amen.

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

*Crescite et multiplicamini et replete
terram...*

Creced y multiplicaos, y llenad la
tierra...

(GENES., cap. 1, vers. 28.)

Cuando el hombre se empeña en abusar, no hay objeto alguno visible ó invisible que no sea revestido por su frenética imaginacion con colores degradantes. Los más bellos y puros manantiales de grandeza y de saber, son trasformados por su tórvida mano en ciénagas inmundas, y como el tosco bruto, igualmente se revuelca en el cristalino cauce, como en el hediondo desaguadero de una cloaca. Este asombroso fenómeno que vieran realizado en sus sábios los hombres que precedieron á la civilizacion cristiana, y del cual fueran testigos todos los siglos que han seguido á la publicacion del Evangelio en muchos hombres fanatizados en el error de las sectas, no tiene otro principio que la depravacion del corazon; porque el espíritu humano es naturalmente despejado y amigo de la verdad, y no puede ménos de palpar lo bello y sublime do quiera que se encuentre; mas si el corazon se halla entregado á sentimientos innobles; si está encapotado en la sordidez de la avaricia; si nada entre las espumantes olas de la ambicion; si se rebulle entre la fétida inmundicia de la lujuria, concibe tan impulsivas fuerzas, que arrastra tras de sí al espíritu, lo lleva como